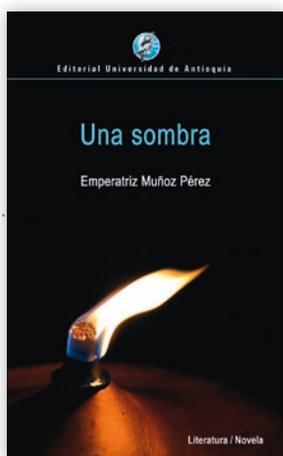


## Entre mujeres y pecados



*Una sombra*  
Emperatriz Muñoz Pérez  
Editorial Universidad de Antioquia  
Medellín, 2016  
276 p.

*Al mal hay que tenerlo cerca, es una forma de expiación*

**U***na sombra*, la novela de Emperatriz Muñoz Pérez, comienza con una noticia sobre un pecado. Un pecado que nació y caminó en la sombra, lo mantuvieron escondido en el patio trasero de la casa, habló con las palabras que pudo (todas inconclusas o recortadas), jugó en la cocina y en la huerta, lloró y se burló, quiso que lo amaran y creyó que el mundo era un espacio reducido en el que las negaciones abundaban, un eso simple sin nombrar y perdido. Y este pecado, de conciencia inocente, fue concebido (el pecado siempre viene de afuera y no es él en sí mismo, sino en quien lo comete) por un pecador que reunió faltas e iras, formas de negarse y gente que lo siguió para bien y para mal. Y lo que sigue de ahí en adelante es lo que tenía que pasar, pues las cosas son como son y por eso se identifican, difieren y se entienden. Y la noticia que llegó fue un entendimiento, pero no se dio de repente, sino que hubo que juntar tiempos y escenarios, por cargas cuidadosamente amarradas, como las que llevan las mulas cuando avanzan monte adentro.

Que somos pecadores, es cosa cierta. Cada cual lleva el suyo y con él se acuesta y duerme, si puede. Y en eso que fue la noticia (que una novela lo es) de un pecado que miraba con los ojos brillantes, que olía a lo que se cocía en el fogón y a los aires que venían de la llanada y las montañas, los tiempos cambiaron, la tierra se movió como buscando puesto y las mujeres fueron y vinieron, haciéndose.

### Abigaíl y Mariano, pecados

En la *Historia de la fealdad*, Umberto Eco habla de una estética de lo grotesco, que es una forma de la belleza, pues bello es todo aquello que se identifica y por eso tiene un espacio en el que no se confunde. O sea que se puede conocer, medir, situar y poner en relación. Y para el caso de *Una sombra*, Abigaíl (un pecado) y Mariano (otro pecado) son los feos de la novela y al mismo tiempo el conflicto que se plantea y su desarrollo en un mundo de noches y días, de gritos y soledades inmensas en las que los diablos se mantienen en fiesta. Abigaíl y Mariano son dos seres feos y al tiempo bellos que leen el mundo, que van por él chocando y rebotando y, al final, se anulan el uno al otro, desapareciendo los dos para que el pecado exista y no sea su propiedad exclusiva, sino que se extienda a otros y entonces todos compartan (incluyendo a los lectores) lo que duele, pues todo pecado es un dolor y cría otros.

Abigaíl (que se parece a esa Abigaíl de la Biblia que le llevó una canasta con frutos al rey David para evitar un pecado) es una mujer-niña a quien esconden debido a que sufre un retardo mental que la hace babear y mantenerse en estado de inocencia pura, como Benjy el de *El ruido y la furia* (la novela de Faulkner), sin que haya salido de ahí (los retardados salen de cualquier parte, *D's cuide*, como diría cualquier señora del barrio Belén), sino de la simiente de un negociante al que le va bien en todo menos en asuntos de moral, llevando la vida partida y mordida al lado de su mujer que no sale de su burbuja. Y su mundo es una reducción, un muro, muy distinto al de Abigaíl, en el que lo más pequeño es maravilloso. Incluso su hermana Paulina, que se achiquita para que Abigaíl sueñe que es de verdad y no una carga olvidada en la puerta de la cocina.

Mariano (que se debió llamar así porque hubo un tiempo en el que la Virgen María se incluyó en los nombres de hombres y mujeres), es un hombre albino con un sol en las entrañas que lo carcome. Todo en él es blancura y por eso se lo nota en las oscuridades, en las propias y en las de los otros. Y va por la tierra

escapando de él mismo, mientras recoge ganado, alinea mulas, baja la cabeza, le escupen órdenes y, cada tanto, se esconde para mirar al diablo a la cara. Y si bien en *Una sombra* no hay diablos impertinentes como los de Isaac Bashevis Singer, sí hay muchos que lo parecen, así que el diablo no existe de forma pero sí de contenido en otros y, en Mariano, el diablo es blanco al extremo como seguramente fue Lucifer, según dicen las crónicas.

Abigaíl y Mariano son dos pecados, el primero simple y lleno de encantos pobres (lo que logra mirando animalitos o entre los peroles de la cocina), y el segundo una furia de viento que no anida en ninguna parte. Quizá Mariano sea uno de esos invocados de los que conversaron en la puerta del infierno, como escribió Manuel Mejía Vallejo. Y entre el pecado de la inocencia y el de la rabia, la novela de Emperatriz fluye con hechos y paisajes, interiores de casas y calles llenas de testigos, alguna historia de amor comprometido y muchos fines del mundo que brotan de Abigaíl cuando está desesperada. Y entre esos dos pecados, los demás personajes, incluido el cojo Hernán, que va de uno a otro alimentado pecados veniales.

### *Una sombra* y la cultura

Las mujeres han sido las transmisoras de la cultura: la culinaria, el vestuario, el interior y la disposición del hogar, las creencias, el lenguaje, lo prohibido y lo permitido en la intimidad, las apariencias si están forzadas, lo que se puede decir y eso frente a lo cual hay que guardar silencio. Cocinas y salas, puestos del mercado y quicios de las puertas han sido el espacio propicio para las historias de las mujeres (de esas historias se alimentó Tomás Carrasquilla). Y en la novela de Emperatriz Muñoz Pérez la cultura se manifiesta página a página: en el lenguaje, en las descripciones, en los conflictos y los sueños, en el trabajo y todo esto que nos certifica en un lugar sobre la tierra, siendo nosotros y no otros, pero no en un asunto de meras costumbres, sino enfrentando el pecado, que es lo que más duele en cualquier parte. El término costumbrismo no es una cuestión de añoranzas sino de la literatura. ¿No es una novela con costumbres *Los hermanos Karamazov* de Fedor Dostoyevski? ¿Qué decir de *Bendición de la tierra* de Knut Hamsun? ¿Cómo entender a Isaac Bashevis Singer sin las costumbres de los judíos polacos? Así que *Una sombra* es una buena novela, bien contada, con costumbres necesarias para contextualizarla en un lugar y en un tiempo. Y con un buen conflicto: la condición de pecado de unos seres humanos.

La cultura contiene los referentes necesarios para entender el mundo y no perdernos en él. Y que una novela como *Una sombra* se sitúe en un espacio y tiempo determinados, que no evada lo que pasa y profundice en una situación, ya la hace necesaria para entendernos aquí y en todos estos ahora que configuran el pasado y se crían en el presente, diciéndonos quiénes fuimos para ser lo que somos, porque la historia que relata Emperatriz no es extraña, solo que hace parte de lo que se oculta. Y en este ocultar lo uno y lo otro, en quitarle las palabras que lo definen, la escritora entra en lo escondido y lo hace florecer. Así que lo que pasó, pasó y es parte de lo que pasa. Y no como una historia oficial ni un parte documental sino como literatura, que es lo que más llega a las entrañas y se conserva en la memoria. Y que haya pasado o no como lo escribió Emperatriz, es lo de menos. Las palabras en orden de la novela ya lo han hecho existir. Y quizá esto sea lo más bello de la literatura, que cuenta lo que pudo pasar y ya, cuando el lector entra en el libro, el asunto está pasando: son mujeres y pecados a lo largo de 276 páginas que describen una sombra que está ahí, moviéndose. ■

*Memo Ángel* (Colombia)

